

EL SOCIALISTA



FUNDADOR : PABLO IGLESIAS

Organo del Partido Socialista Obrero Español y Portavoz de la U.G.T. FEBRERO 1970

Clarificaciones necesarias

LA VERDADERA OPOSICION POLITICA

LOS RECIENTES acontecimientos acaecidos en España han removido la conciencia de los españoles politizados ya, que son muchos y que existen en todos los sectores de la vida nacional, como han sacudido la modorra en que vegetaban los todavía insensibles al acontecer político, que no son pocos. La fabricación de un Príncipe de España —hechura del Opus Dei— para suceder en su día al Caudillo, tras público juramento —que quiso ser solemne y resultó grotesco— de las Leyes Fundamentales de la Dictadura, y la brutal ocupación del Poder por los hombres de la Santa Obra y sus alabarderos, han sido el revulsivo que ha sensibilizado a la gran mayoría de los españoles que rechazan todo continuismo del franquismo en cualquiera de sus versiones.

En España se advierte hoy más que nunca entre los elementos ya politizados pero hasta ahora dispersos y sin ninguna conexión formal entre sí, un evidente afán de encontrarse y concertarse para que su oposición política sea eficaz. Todos esos españoles se estiman de la oposición y, a su manera, es indudable que forman parte de ella. Sin embargo, y a pesar de la buena voluntad de unos y de otros, es innegable que existe actualmente en España una gran confusión política, fenómeno que, al fin y al cabo, es natural en momentos como los actuales en que, pese a todos los pesares y contra la voluntad del Régimen, se está saliendo del largo tunel y se vive ya en período de transición. Esa confusión política no puede continuar. Tiene que desaparecer lo antes posible. Todos debemos contribuir a clarificarla para que terminen los equívocos y para que cada cual ocupe el puesto que le corresponda y no otro.

Toda la prensa española habla casi a diario, con las precauciones literarias de rigor, aunque con suficiente claridad, del «pluralismo político» como una realidad que no puede ignorarse y de la necesidad de darle el cauce conveniente. Sabiendo de antemano que dicho pluralismo no puede traducirse en fundación de partidos políticos por prohibirlo las Leyes Fundamentales de la Dictadura, no faltaron, ni faltan, quienes con calculada ingenuidad pensaron acogerse a dichas famosas Asociaciones políticas del Movimiento, muertas antes de nacer. De asesinarlas se encargó el nuevo Ministro, secretario del Movimiento, en la reciente reunión del Consejo Nacional del Movimiento, con ocasión de reorganizar la Secretaría del mismo. Y para que no cupiese la menor duda en cuanto a la falta de sentido político de quienes se ilusionaron en poder servirse de dichas, Asociaciones para actuar como Partidos políticos, se encargó de poner las cosas en claro el portavoz del Gobierno, Emilio Romero, en «Pueblo». «...No sería posible la oposición ideológica, que es la habitual en las democracias occidentales —dice Emilio Romero— ya que cualesquiera que establezca una Asociación, está obligado a acatar los Principios del Movimiento; o lo que es lo

mismo, la ideología del Régimen. Por eso, si se quiere plantear el problema de la oposición a la vista de lo que debe ser un ordenamiento político mejor, a juicio de sus autores, entrañaría plantear la reforma de las Leyes Fundamentales, y éstas no pueden reformarse sin un Referéndum nacional. Si, por el contrario, se quisiera solamente crear «oposiciones gaseosas» indirectas o de presión, entonces sería otro problema. Me parece —termina Emilio Romero— que esto es decir las cosas con claridad».

Por otra parte, nos llega una carta interesantísima respecto a este particular. Proviene de alguien que no es de nuestro Partido; que hace años abandonó Falange y el franquismo, donde ocupó cargos de gran responsabilidad, y que forma parte desde hace mucho tiempo de la oposición. De su carta entresacamos lo siguiente : «Temo que hayan personas que se hacen esperanzas oportunistas sobre la apertura del sistema y posibilidades de explotación de las mismas en el tonto y ya viejo empeño de «legalizar» la misma oposición. No se si me equivoco o si mi idea de la consecuencia, del honor y hasta de la eficacia política son demasiado ingenuas. Pero me parece que la oposición tiene una línea y solo una, respetable : la de no conceder tregua ni reconocimiento a ninguna situación que no garantice una consulta popular libre a plazo razonable, creando para ello las condiciones de libertad necesarias : libertad efectiva de «presencia» para todas las postulaciones. Conceder crédito a la «debilidad táctica» de una situación que se relaja para durar, me parecería grave error. Quien conceda carta de legitimidad a lo que es mera situación de hecho, no tendrá mañana ninguna autoridad ante el mundo español, aunque la apatía actual de ese pueblo parezca justificarlo. Más que nunca hace falta unión, organización, enfrentamiento claro y programación de objetivos».

Como puede suponerse, el Partido Socialista Obrero Español no tiene nada que ver con quienes aceptan ser «oposición gaseosa», ni con los que abrigan «el tonto y ya viejo empeño de «legalizar» la misma oposición», es decir, con los que desean ser oposición tolerada, domesticada, de la que tanto necesita el Régimen franquista para hacer creer a los papanatas extranjeros que el Régimen se ha liberalizado. Esa oposición es del Régimen y no va contra el Régimen. Esa oposición, lo quieran reconocer o no quienes la practiquen, es una colaboración con el Régimen. Aunque pretendan cubrirse creyendo o haciendo creer que esperan con esa táctica conseguir la liberalización del Régimen. Nuestra discrepancia es fundamental, total, con quienes así piensen. Nosotros no luchamos para liberalizar el Régimen franquista. Nosotros luchamos para liberar a España de la Dictadura que la oprime y para instaurar en España una auténtica Democracia donde cada español sea protagonista de su propia Historia.

¡A buena hora, mangas verdes!

El diario «sindicalista» *Pueblo*, del malogrado divo de la Televisión «Española», Emilio Romero, el afónico «gallito», se ha empeñado en descomunal batalla contra los molinos de viento de cierta oposición interior al «proyecto de nueva ley sindical».

Esta vez la polémica no ha sido suscitada por aquellos «torvos enemigos de España, que envidian su progreso social», y que son la pesadilla que conturba los sueños de Franco y sus perillanes. Los atrevidos contestatarios a los robados laureles proceden ahora del campo católico conservador, con cierto tufillo a Opus Dei, atrincherados tras el diario *Ya*, periódico de «gloriosa» tradición reaccionaria y franquista, al que *Pueblo* ciertamente no tiene nada que envidiar en cuanto a servil sumisión a los principios del Movimiento y en cuanto a méritos contraídos en adulación al «Caudillo» y en defensa del fascismo, cuando éste aún estaba de moda en la España de sacristía de antes de 1945. Tratándose, pues, de un colega de cruzada, *Pueblo* se ve constreñido a los buenos modales, y sin perder el tino, con toda la paciencia que corresponde a un obediente hijo de la santa madre Iglesia, dá lecciones de «sindicalismo libre» a los obispos.

Ya, amparándose en la impunidad de su condición eclesiástica, se permite tomarle el pelo a los nuevos «sindicalistas», insinuando malévolamente, que esa nueva ley sindical no se atenderá a los principios sociales de la Iglesia, y que puestos a hacer algo, «sería un error promulgar una ley igual a la de hace treinta años, sin otros cambios apreciables que el de la terminología.» A estas puyas *Pueblo*, siempre cortés y sin descomponer la figura, retrucea con no menos donaire y gracejo que «durante treinta años, los Sindicatos han evolucionado a costa de la vieja legalidad insuficiente» y que «gracias al olvido y desuso de sus vetustos preceptos, los Sindicatos se han convertido en instrumentos aptos para la defensa social».

Pero el colega *Ya* no se dá por contento con estas explicaciones. Por eso *Pueblo*, haciendo una vez más gala de su disposición al paciente diálogo, entabla un largo monólogo con el diario católico, que es un auténtico prodigio de prosa saltimbanqui. Dice *Pueblo*: «También inquieta a *Ya* el que los "Principios cristianos relativos al sindicalismo", aprobados por la Conferencia Episcopal Española en 1968, puedan ser desconocidos. El colega invoca, en este punto, la Ley de Principios Fundamentales, que prescribe que su legislación ha de inspirarse en la doctrina de la Iglesia. Todo católico acata este compromiso, pero con la salvedad de lo que es doctrina de la Iglesia, relacionada con la moral universal, y de lo que sólo constituye el consejo autorizado de los obispos españoles sobre un tema contingente de la legislación positiva. Una ley española que fuera contra la doctrina de la Iglesia sería evidentemente inconstitucional, pero ningún país católico está obligado a ajustar la casuística y el articulado de sus leyes a la opinión de sus prelados.»

Es decir, cuando la Iglesia se hace cómplice de una rebelión armada contra un gobierno legítimo para defender los privilegios de las clases reaccionarias, como ocurrió en el año 1936, entonces el gobierno, si no quiere ser excomulgado y declarado ateo, está obligado a acatar la opinión de los prelados, sublevados con Franco, y deponer inmediatamente las armas. Por no hacerlo así y haberse negado a entregar el pueblo español a la «santa» tiranía del católico capitalismo español, se decretó la «Cruzada», bendecida por su «santidad» el Papa Pio XII. Mientras que la Iglesia ha sido tácito cómplice del expolio de un pueblo vencido e indefenso, tolerando con su poco cristiano silencio las ferocidades del franquismo y las cínicas granujadas de sus organismos, como los sindicatos verticales, don Emilio Romero y sus chupatintas de *Pueblo* eran fervientes católicos, hijos obedientísimos de la Iglesia. Pero cuando la Iglesia, movida por una secular mala conciencia y un justificado miedo al futuro, desea saldar esa peligrosa complicidad con un régimen corrupto, y rompe el silencio para denunciar la injusticia de la legislación social de Franco en su fruto más podrido: el vertica-

lismo sindical, entonces se les dice a los señores obispos, con muy buenas maneras, que no metan las narices donde nadie les llama. Zapatero a tus zapatos. No está mal. Pero sigamos escuchando a *Pueblo*: «Pensamos que el Gobierno habrá tenido en cuenta las sugerencias del Episcopado, en todo lo que pueda tener relación con la moral y la dogmática de la Iglesia. Pero otra cosa sería que el Estado descargara en los obispos del país —que no son el total magisterio de la Iglesia ni gozan de ninguna infalibilidad— la función legislativa. El criterio de *Ya* a este respecto... equivaldría a la proclamación de un Estado teocrático, que comprometería al catolicismo en unas responsabilidades temporales incompatibles con sus permanentes cometidos espirituales».

Prosigue *Pueblo* disertando sobre el «bien común», que, ahora, tratándose de los sucios intereses de los personajes del régimen, ya no puede ser el «bien común escolástico», sino «el bien común superior». Y ese bien común superior encuentra, según los «pueblerinos» —(curiosa colección de pinchauvas)—, su más fiel expresión en la «nueva ley sindical», que ni es nueva ni es ley: Extraña ley ésta, para «defender el bien común de los obreros», que se fragua en el más absoluto secreto por encima de las cabezas de aquellos. Tampoco es nueva la «famosa» ley sindical de Solís porque de lo que se trata es de continuar con los latrocinios a costa de la clase trabajadora. Y para esto, no hace falta una nueva ley sindical. Basta con la que rige en nuestro desgraciado país desde que acabó la guerra civil con el triunfo de los facciosos.

Hay una frase en el comentario de marras del diario *Pueblo* que ilumina súbitamente el oscuro tinglado que intentaba montar José Solís Ruiz. Esta frase dice así: «Los Sindicatos no desean convertirse en una dependencia del Gobierno». ¡Y aquí está el gato encerrado! Los Sindicatos verticales, nacidos cual ilegítimo y fraudulento engendro, para sofocar en contubernio con el Gobierno, perruno servidor del capitalismo español, cualquier apatencia reivindicativa obrera, están a punto de caer en la propia ratonera de su falta de representatividad, a la que deben su existencia. Su absoluta dependencia del Estado, egolátricamente encarnado en el Sátrapa, que nombra a dedo al «delegado nacional», mediatizando a través de éste a todos los demás funcionarios, nombrados al dedillo, es al mismo tiempo su vulnerable talón de Aquiles. Pues mientras que el Jefe del Estado sea Franco, y mientras que Franco esté contento con sus fieles servidores, éstos podrán seguir usufructuando la organización sindical a título vitalicio. Pero tal como anda ya el pocho caudillo, con un pie en el limbo y otro en el infierno, ¿quién garantizaba a Solís la autosucesión? Solís tenía fundados temores de que un futuro jefe de Estado, investido de las mismas facultades del ex generalísimo, hiciera uso de su dedo para nombrar a otro delegado nacional de entre sus propios adictos opusdeistas, supuesto el caso de un triunfo de los tecnócratas. El Sindicato vertical se vería así atrapado en la misma trampa que le ha servido para burlarse impunemente de los obreros españoles: su falta de representatividad. De ahí esas ansias de «representatividad sindical» que acometen ahora a los verticalistas, que andan de cabeza. Pero a Solís y sus zascandiles les importaba una higa la representación de la clase obrera. Al socaire de un sindicato «por elecciones libres», pero de arriba a abajo, en vez de de abajo a arriba, lo que persiguen los untuosos demagogos falangistas es convertir a sus sindicatos en un leviatán capaz de absorber y dominar el Estado. De ahí que los opusdeistas, que no son tontos cuando se trata de marrullerías, se hayan opuesto con todas sus artimañas a que Solís se saliera con la suya. Le falta talla a este cabezudo andaluz para pasar de cabezón a Perón! Aunque, en la España de los chantajes y los chalaneos todo es posible, menos que la Momia inseputa viva eternamente, única manera de que el cotarro franquista siga robando tranquilo sin envidiar la pitanza de sus hermanos de rapiña.

Con lo dicho en *Ya* y en *Pueblo* queda también explicado el desvelo de ciertos sectores eclesiásticos, allegados al Opus, que, arrimándose a la sincera intranquilidad social de amplios círculos del clero progresista, pretenden ahora lavarse de responsabilidades izando tardía bandera social. Pero mucho más descaradamente quedan también al descubierto los

sucios manejos de estos nuevos «sindicalistas» de *Pueblo*, que quieren ahora patentar en España la «democracia sindical».

Los obreros españoles, los auténticos sindicalistas que sufren en España persecución, cárcel y tortura por un verdadero sindicato democrático, los que mantienen en nuestra España la honrosa tradición del sindicalismo obrero de la UGT, la invencible clase obrera española dirá a unos y otros con la cabeza bien erguida: «¡A buena hora, mangas verdes!».

Y ahora... ¿Qué?

Cuando la prensa mundial daba la noticia de la entrevista habida en Moscú entre el ministro de una nación campeona del anticomunismo, Sr. Lopez Bravo, y un subsecretario de otra nación campeona del antifascismo, Sr. Kovaliev, la publicación «Información Española», de Bruselas —que ahora se presenta como portavoz del partido comunista español— regalaba a sus lectores con una interview celebrada con Santiago Carrillo, de la que sacamos el párrafo siguiente:

«Es conocido que nosotros hemos pensado siempre que los países socialistas —(léase «comunistas», más exactamente)—, aún comerciando con España, no debían formalizar relaciones políticas, ni consulares, ni diplomáticas, en tanto no cambiase el régimen. La única excepción a esta regla era Cuba, que necesitaba de esas relaciones para romper el bloque norteamericano. En un momento dado, los camaradas rumanos modificaron su actitud y establecieron relaciones consulares. No estuvimos de acuerdo con este semi-reconocimiento de Franco y se lo dijimos sinceramente. En ese momento, recibimos seguridades de los otros países socialistas de Europa —(vuélvase a leer «comunistas»)— en el sentido de que no establecerían ningún género de relaciones mientras estuviese Franco. Ahora, de golpe, algunos de esos países —Polonia, Hungría— se vuelven atrás. Creemos que eso no dará ninguna ventaja a quienes lo han hecho. Y hubiéramos preferido sobre todo ahora cuando Franco llega a su fin, que los países socialistas de Europa —(«comunistas», una vez más)— mantuviesen hasta el último momento su actitud hacia un régimen impuesto con la ayuda de Hitler y Mussolini; lo hubiéramos preferido por el prestigio de esos países y del socialismo».

Extraña manera de comprender las relaciones con un régimen impuesto «con la ayuda de Hitler y Mussolini»: «formalizar» relaciones con él, no (lo que deja abierta la puerta para suponer que se pueden tenerlas sin llegar a formalizarlas), pero comerciar con él, sí. El dinero, por lo visto, no tiene olor, ni sabor, ni color. Acaso se explique todo ello por el hecho, por ejemplo, de que en los nueve primeros meses del año 1969 España exportó a Rusia mercancías por un valor de 244 millones de pesetas, mientras que Rusia exportó a España productos por valor de 1 025 millones de pesetas, yendo la diferencia de 781 millones de pesetas (unos 11 millones de dólares, en números redondos) en beneficio de Rusia. Extraña manera de ver esas relaciones; la política es una cosa, el comercio es otra. Sobre todo cuando este último es tan fructífero que contribuye a la pérdida del olfato, del gusto y de la vista. España es, por lo que se vé, un buen cliente de Rusia.

Pero, después de esa entrevista, no se trata del comercio nada más, sino del comercio y las relaciones, al mismo tiem-

po. Ya no es «volverse atrás», simplemente, después de recibir «seguridades» de «algunos» de esos países; lo de ahora es del «grande» y tiene todo el aire de iniciar un viraje en redondo, viento en popa. Ha sido más «de golpe»... y por sorpresa.

DESTRUYENDO MITOS

Revelaciones acerca de Falange y José Antonio Primo de Rivera

El profesor de Historia Max Gallo ha publicado recientemente un libro titulado «Histoire de l'Espagne franquiste» (Marabout Université), que se está leyendo mucho. El libro, del que nos ocuparemos pronto, contiene gran información poco conocida del gran público. En las páginas 53-54 de dicho libro puede leerse lo que a continuación reproducimos, que ayudará a destruir el mito José Antonio. Otros mitos del franquismo sufrirán la misma suerte. Bueno es que se haya comenzado.

Los lazos que existían entre la Falange y el fascismo italiano eran viejos. No eran solamente, como siempre se ha dicho, lazos ideológicos. Existían también lazos de otra clase. Estamos en condiciones de *revelar* que, en efecto, según documentos que los norteamericanos han fotocopiado en Roma en 1944, documentos que se encuentran actualmente en los Archivos nacionales de Washington, los servicios italianos de propaganda financiaban con regularidad al Jefe de Falange, José Antonio Primo de Rivera. Por lo menos, desde principios de 1934. Quien será más tarde el *San Juan* del franquismo, cuyo nombre ornará todas las iglesias españolas, era, en el sentido más estricto de la palabra, un agente estipendiado de la embajada italiana en París. Figuraba con el número dos. El número uno correspondía a un político francés. Cobraba 50.000 liras mensualmente, cantidad que fué reducida a 25.000 al finalizar el año de 1935. A cambio de esa retribución mensual, José Antonio suministraba informes detallados acerca de la situación española. Así, por ejemplo, el 24 de agosto de 1935, los servicios italianos de París pudieron comunicar a Roma un texto en el que con el título de «El asalto al Poder», el jefe de Falange dice: «Si los acontecimientos se precipitaran, Falange podría intentar, acaso pronto, la conquista del Poder, por muy inverosímil que eso parezca ahora». José Antonio añade más adelante. «Si un gobierno de izquierda, más o menos socialista, llega al Poder, todo el Ejército, con tal que continúen (sic) mandando los jefes actuales, seguirá con gusto al primero que lance el grito de rebelión nacional... De momento, la tarea de los organizadores de Falange consiste en trabajar sin reposo en el fortalecimiento de todos sus órganos; en el mes de octubre se podrá hablar de un plan completo y calcular los elementos de que deberá disponerse para realizarlo». Este documento —añade Max Gallo— es de extraordinaria importancia para probar que la sublevación del 17 de julio de 1936 tiene como antecedente los acontecimientos del año 1936 (elecciones, violencias, etc.) y demuestra igualmente los estrechos lazos financieros y políticos que unían a José Antonio a la Italia fascista. Francisco Franco, haciéndose heredero y héroe de la Falange, utilizó ese capital de colaboración».

Viene de la página 4

enormes por permitir la extensión del acuerdo existente para las bases norteamericanas», es sustituido por «Gregorio López Bravo, un ex ingeniero naval y ministro de Industria... con «reputación de pragmático, de sólo 45 años de edad y que ha sido llamado el *niño de oro* del régimen». En resumen, dice el periodista, «muchos observado-

res creen que las florecientes relaciones en la economía española-norteamericana, continuarán prosperando».

Y así, el embajador Hill puede decir por boca del señor Eder lo que quiera: «Aunque se espera que el señor López Rodó —dice un diablillo subconsciente, que se confunde de Lópezes— regatee con dureza, las autoridades españolas dicen privadamente que el año próximo estarán en condiciones de presentarse a

la negociación con una actitud más flexible que la del señor Castiella, y consideran que han mejorado las posibilidades para llegar a un acuerdo firme».

Nada de esto han podido leer los españoles en sus periódicos. Y eso es lo grave. No sólo para los sujetos pasivos de una negociación en la que les va la vida y hacienda, sino para una y otra parte negociadora.

Lo que ignoran los españoles

El último cambio de Gobierno y la política internacional

El profesor Antonio Tovar nos ha enviado el artículo que publicamos a continuación. El profesor Antonio Tovar no es desconocido de nuestros lectores, pues el compañero Rocha Alba publicó en LE SOCIALISTE del 5 de diciembre de 1968 una conversación con él, que era una verdadera confesión política. A pesar de ello, el profesor tiene interés en que nuestros lectores sepan que —lo decimos transcribiendo sus propias palabras— «siendo estudiante, pertenecí a la F.U.E.; iniciada la guerra civil, me hice falangista; intervine del lado franquista en la guerra; tomé parte, como intérprete, en las negociaciones con Hitler y durante muchos años fui Consejero nacional. Al

Lo más interesante del último cambio de Gobierno en Madrid es sin duda sus implicaciones internacionales. Como éstas afectan a los españoles de manera vital, creemos que hay que dar noticia de lo que ha trascendido a la publicidad fuera de España, descubriendo los entrestidores de lo ocurrido a espaldas de los que precisamente se juegan en ello, sin saberlo, su destino colectivo.

El hecho más importante que pesa sobre España en el aspecto internacional es el de las bases militares de los Estados Unidos: la de Torrejón, en Madrid mismo, y la de Rota, a la entrada del Mediterráneo. La presencia soviética en este mar, la reciente crisis de Libia y el peligroso estado del conflicto entre Israel y los árabes, convierten a las bases en territorio español en algo sumamente importante.

La vanidad del embajador norteamericano en Madrid, mister Robert Hill, —a lo que parece, hombre de negocios y sin mucha experiencia diplomática—, ha descubierto al corresponsal del «New York Times» en Madrid, señor Richard Eder, algunas de sus jugadas. En una crónica de este periodista, que leemos en el «International Herald Tribune» de París, 3 de noviembre pasado, se comenta así el nuevo Gobierno: «Se espera que la victoria del grupo tecnócrata dirigido por el almirante Carrero Blanco y el ministro del Plan, L. López Rodó, mejorará las relaciones con los Estados Unidos, que se han mantenido frías durante dos años de negociaciones infructuosas sobre los derechos de los Estados Unidos a bases en España».

Y el periodista explica a continuación, según traducimos fielmente, que «durante los dos meses pasados (es decir, septiembre y octubre) Washington ha concedido un apoyo silencioso pero señalado a la facción de Carrero y López Rodó».

Es en esos meses precisamente cuando aparecieron en la base de Torrejón, es decir, en Madrid, tipos nuevos y más peligrosos de aviones norteamericanos.

La prensa madrileña, ordinariamente ignorante de estos asuntos importantes, levantó protestas justificadas, pues alegaba que tal paso se había dado sin contar con las autoridades competentes. Es evidente que estas protestas de los periódicos madrileños, que no podían ser espontáneas, reflejaban la lucha política que se desarrollaba en las alturas, sobre el fondo de inocencia en que se mantiene a la opinión pública.

Pero el Embajador, satisfecho de su éxito, nos lo cuenta a través de la crónica: «El nuevo embajador de los Estados Unidos, Robert Hill —continúa Eder—, tuvo una serie de conversaciones con el vicepresidente de España para revisar las mutuas cuestiones. Este paso desacostumbrado —sigue la autorizada pluma— saltó claramente por encima del señor Castiella, enconado enemigo político del almirante Carrero, y que como ministro de Asuntos Exteriores, era la persona con quien M. Hill hubiera debido tratar. Pero el señor Castiella era considerado en Washington el principal responsable de mantener en nombre de España un alto precio para renovar los acuerdos sobre las bases».

Y de paso, el Embajador nos explica cómo el general Franco no se ocupa ya de problemas de esta naturaleza. «Cuando mister Hill —sigue diciendo el señor Eder—, hombre activo e impaciente, que es amigo personal y político del Presidente Nixon, llegó a España este verano, se decidió a saltar el trámite del señor Castiella y a ver al propio Generalísimo Franco sobre el problema. Es bien sabido que los militares españoles estaban enojados con la obstinación del señor Castiella y con temor de que los Estados Unidos abandonarían sin más las bases, y parece que mister Hill calculó que debía hablar al general Franco, más sensible a los argumentos de los generales que al de los diplomáticos. Mister Hill no pudo ver al general Franco, pero se entrevistó con el almirante Carrero y, según noticias, se entendieron muy bien. El Embajador volvió a Washington en septiembre para una breve visita, y cuando regre-

cesar en el rectorado de la Universidad de Salamanca, que desempeñé de 1951 a 1956, comencé un exilio voluntario durante el que he vivido en Argentina, Estados Unidos y ahora aquí, como profesor de la Universidad de Tubinga. He escrito —termina Tovar— en varios periódicos de exiliados».

No dice que pidió su excedencia de profesor y que se expatrió como protesta ante la polacada cometida por el Gobierno franquista expulsando de la Universidad a cinco profesores. Antonio Tovar quería que nuestros lectores supieran lo que él ha sido en la vida española, pero que, desde 1956, ya no lo es. Queda complacido.

só a Madrid, el almirante Carrero recibió una carta del vicepresidente Spiro Agnew. Mister Agnew daba las gracias al almirante por su conversación con mister Hill y le pedía continuara recibiendo. El vicepresidente español así lo ha hecho. Esto disgustó al señor Castiella y a la vez debilitó aún más su posición, que ya estaba muy quebrantada».

Hasta aquí nos cuenta la prensa norteamericana. La fatalidad de la política de las grandes potencias las lleva a aprovecharse de las ventajas de un sistema basado en la falta de publicidad, en la ignorancia de la opinión pública y en las intrigas de grupos, camarillas y facciones secretas y de escaleras abajo. Los intereses militares y económicos de los Estados Unidos vienen a coincidir con los de los enemigos de la publicidad, de los partidos políticos legales, de la discusión y del respeto al pueblo. Las bases norteamericanas, aceptadas en España por un sistema político personal, siguen siendo negociadas del mismo modo, y por consiguiente con una ilegitimidad que compromete su futuro. Los Secretarios de la Marina y del Aire de los Estados Unidos, Chaffee y Seamans, han visitado al nuevo Gobierno para prejuzgar las negociaciones finales. Se habla de un «equipo de negociadores españoles» que saldrá para Washington en el mes de enero próximo para dar comienzo a nuevas conversaciones sobre el futuro de las bases militares de Estados Unidos en España» (el «Times» de Londres 20 noviembre). Un periodista del Copley News Service pinta un futuro de color de rosa; («El Mundo», de San Juan de Puerto Rico, 3 de diciembre): «Cuando Franco deje en realidad el puesto de jefe, ...el almirante Carrero Blanco será el que lo sustituya. Cuando esto suceda, Laureano López Rodó, el zar de la economía de España, pasará a ser el ayudante del Ministro de la Presidencia, el cual es el tercer puesto en poderes en el Gobierno... Castiella, culpado por haber exigido pagos

(Sigue en la página 3)